

# ¿Democracia con “D” de desesperanza?

**José G. Giavedoni**

Universidad Nacional  
de Rosario/ CONICET<sup>1</sup>

josegiavedoni@hotmail.com

**Argentina**

*Democracy, hopelessness and transitions*

*Recibido: 16 de enero de 2024*

*Aceptado: 8 de abril de 2024*

## Resumen

¿El objetivo de estas páginas es arriesgar una serie de coordenadas presentes en la década del 70 y en la década del 80 a partir de las cuales sea posible dar cuenta de las mutaciones en las racionalidades, mentalidades, en el *ethos* que se va configurando entre aquellos 70's con los 80's y las jóvenes democracias que estaban emergiendo. Es posible rastrear ese *ethos* tanto en el mundo de las artes (especialmente las letras y el cine) como en el campo de las ciencias sociales, claves para reflexionar en torno a esos cambios que se abren con la recuperación de la democracia en Argentina y que anidará rastros que nos permitan pensar nuestras democracias hoy. Para ello, en primer lugar, me detendré brevemente en el escenario de los '60 y '70, mojón necesario para poder avanzar hacia la década siguiente donde se expondrá el clima de recuperación de la democracia, pero en el marco de un debate intelectual que parece mostrar esas señales de desencanto que irrumpirán violentamente en las décadas siguientes.

## Palabras claves

Archivo, Política, Arqueología, Democracia.

<sup>1</sup> Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales, Universidad Nacional de Rosario, Argentina. / CONICET (Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas).

## Abstract

The objective of these pages is to risk a series of coordinates present in the 70s and 80s from which it is possible to account for the mutations in rationalities, mentalities, in the *ethos* that is being configured among those 70's with the 80's and the young democracies that were emerging. It is possible to trace this *ethos* both in the world of the arts (especially literature and cinema) and in the field of social sciences, keys to reflecting on those changes that begin with the recovery of democracy in Argentina and that it will nest traces that allow us to think about our democracies today. To do this, first of all I will briefly stop at the scene of the '60s and '70s, a necessary landmark to be able to move forward towards the following decade where the climate of recovery of democracy will be exposed but within the framework of an intellectual debate that seems to show those signs of disenchantment that will erupt violently in the following decade

## Keywords

Archive, Politics, Archeology, Democracy.

## 1. Introducción

A mediados de la década del '80 del siglo pasado, el escritor chileno José Donoso publica una desgarradora novela titulada *La desesperanza*. En la misma se narran episodios que se suceden en el marco del sepelio de Matilde Urrutia, compañera de Pablo Neruda. En uno de esos episodios, uno de los personajes afirma que con la muerte de Matilde se cierra una época. ¿Cuál es esa época que se estaba ultimando? La que había alumbrado sueños, esperanzas, encantos, utopías, revoluciones. La que había dado lugar al lenguaje de la transformación social, lenguas que hablaban las luchas de independencia nacional a lo largo del tercer mundo y que se sostenían sobre la capacidad transformadora del hombre en su rol de hacedor de mundos. Era tal la potencia transformadora en esas décadas que no sólo se pensaba en la posibilidad de construir un mundo nuevo, también en la construcción del hombre nuevo, tal como lo expresara el *Che* Guevara en la carta que le dirige a Carlos Quijano, director del Semanario *Marcha* de Montevideo y que fuera publicada con el título *El hombre y el socialismo en Cuba*. Tal vez se podría arriesgar que Donoso en este relato estuviese

expresando el sentir de un momento, la emergencia de un nuevo *ethos* que dejaba atrás aquellos sueños de revolución y que abría el camino hacia otros modos de pensar la política, la sociedad y el tiempo. En este nuevo *ethos* se desplegaría la construcción de las jóvenes democracias en el continente y en esta tarea desempeñarían un lugar central los estudios de transiciones a la democracia.

La perspectiva de las transiciones fue un modo muy cuidado de entender las democracias, sin desbordes, muy prolijas, encapsuladas en su forma institucional. Por este motivo, entre esa desesperanza plasmada en el mundo de las letras y estas democracias disciplinadas del mundo de la política y las ciencias sociales, no hay una mera casualidad de correspondencia temporal. De este modo, el objetivo de estas páginas es arriesgar una serie de coordenadas presentes en la década del 70 y en la década del 80 a partir de las cuales sea posible dar cuenta de las mutaciones en las racionalidades, mentalidades, en ese *ethos* que recién mencionaba. Es posible rastrear ese *ethos* tanto en el mundo de las artes (especialmente las letras y el cine) como en el campo de las ciencias sociales, claves para reflexionar en torno a esos cambios que se abren con la recuperación de la democracia en Argentina y que anidará rastros que nos permitan pensar nuestras democracias hoy. Para ello, en primer lugar, me detendré brevemente en el escenario de los '60 y '70, mojón necesario para poder avanzar hacia la década siguiente donde se expondrá el clima de recuperación de la democracia, pero en el marco de un debate intelectual que parece mostrar esas señales de desencanto que irrumpirán violentamente en las décadas siguientes.

## 2. Es la hora de los hornos

Como dijera Elías Palti (2000), el siglo XX es el siglo de la voluntad. Es decir, el inexorable horizonte del socialismo que alumbraba el paso de la historia tal como era pensada por el siglo XIX, se resquebraja frente al cataclismo de la Gran Guerra, dando lugar a la duda que se expresa en esa sentencia de Rosa Luxemburgo: “socialismo o barbarie”. El corolario de esto es que el inexorable camino al socialismo se ve interrumpido por la conjunción disyuntiva “o” que incorpora la sentencia luxemburguista. El socialismo no es algo indefectible por lo que se nos convocaba sólo

a sentarnos a esperar pasar su cadáver. Pero también la metáfora benjaminiana de la locomotora como el capitalismo, ese tren alocado que marcha hacia delante y que nos llevará puestos si no se activa el freno. No se trata de acelerar la marcha de la historia que era la marcha del capitalismo, sino de detenerla, a la historia encarnada en el capitalismo que debe desplegarse hay que activarle un freno, ese freno se lo activan los hombres y las mujeres, ese freno es el socialismo. De este modo, el socialismo no será aquello que deviene de la aceleración de la historia, en su momento final, luego de haber logrado una serie de etapas, por el contrario, será necesario frenar el devenir violento de la catástrofe cuyos escombros logró ver el *Angelus Novus*. Antonio Gramsci, frente a la derrota de la revolución europea, formulaba su “pesimismo de la razón y optimismo de la voluntad”, frente a una razón que ha entrado en crisis y elementos objetivos que parecen no estar indicando lo que hace unas décadas atrás se tenía por seguro, es la fuerza de la voluntad lo que aún permite no declinar los sueños de revolución. Ese anhelo gramsciano es traducido en América Latina por un José Vasconcelos que en la revista de vanguardia *Repertorio americano* dirá: “pesimismo de la realidad, optimismo del ideal. He aquí una fórmula que podría ser fecunda”.

El sujeto y su voluntad no serán sólo quienes impriman el ritmo y la velocidad de la transformación, sino también la dirección. Esa voluntad es la que es retratada por Diego Rivera en sus murales, por Tina Modotti en su fotografía, por Antonio Berni en sus pinturas. Contrastemos el lienzo de Ernesto de la Cárcova de 1893 “Sin pan y sin trabajo” con “Manifestación” de Antonio Berni de 1935 o las fotografías de Tina Modotti de mediados de la década del '20. Frente a aquella actitud expectante de la pareja de trabajadores que retrata de la Cárcova, en situación de espera, reclusos en el espacio privado, encerrados en el espacio doméstico observando, son observadores de una realidad, sujetos pasivos frente a una realidad que se despliega en un afuera; frente a ello, el espacio público, la acción, la exigencia y el reclamo, la ocupación de las calles, la actitud activa, el protagonismo. El siglo XX transforma al hombre y la mujer en hacedores de la historia contra la realidad que se empecina en asignarle los lugares de la espera; “repudio de la realidad y lucha para destruirla” dirá Vasconcelos en aquel mismo artículo.

Si estas primeras décadas del siglo XX muestran la irrupción de la voluntad en los procesos históricos, unas décadas después se verá manifestada con trazos más gruesos y más claros. Ansaldi y Funes (1998) en el afán de trazar unos puentes entre los '20 y los '60, dirán:

En medida harto considerable, el *Che* encarna, precisamente, esa otra nota distintiva de los veinte y los sesenta: la confianza en la capacidad transformadora del hombre, en primer lugar, por voluntad de cambio. La voluntad y el optimismo por sobre todo, incluso cuando la razón y la inteligencia se inclinan por el pesimismo. Tal vez por esa combinación, por esa apuesta fuerte por la acción o la agencia humana, que impele a rechazar seguir viviendo como se ha vivido y como se vive -y cuyo desiderátum es la participación en la política-, es que los veinte y los sesenta constituyen las dos décadas más notables y fascinantes del siglo XX. (p.74)

Aquel siglo de la voluntad que se abre después de la primera guerra mundial y la crisis de la razón, que se expresa en esa década del '20, adquiere en los '60 latinoamericanos sus perfiles más nítidos. Es el siglo de la voluntad al punto tal que una obra característica de las experiencias revolucionarias en la Argentina de los '60 y '70, lleve como título "La voluntad", escrita por Eduardo Anguita y Martín Caparrós (2013). En el marco de la revolución cubana, de la independencia de Argelia, de Vietnam y el Congo, las luchas en este continente serán el signo de una época: de la revolución y el socialismo.

Tal vez, podríamos esquematizar de esta manera las oposiciones que organizaban las disputas político-intelectuales entre los '60 y '70:

Reforma	Revolución
Capitalismo	Socialismo
Gobierno	Estado
Idealismo	Materialismo

Si existe un marco conceptual donde los enunciados sobre el socialismo, la revolución, la lucha de clases, la política adquiere sentido, donde esos enunciados son comprendidos, son intelli-

bles, no causan ni risa ni extrañeza, es en las décadas del '60 y del '70. Precisamente, en la década del '60 se produce una polémica entre dos figuras de la literatura argentina donde se transparentan aquellas cuestiones. La polémica lleva la marca en sí misma de la década. Se produce en una conocida revista del momento llamada *El escarabajo de oro* dirigida por Abelardo Castillo e involucró a un reconocido Julio Cortázar y un David Viñas que desde *Contornos* construyó esa particular manera de reflexionar sobre la cultura en estrecha relación con la política. La polémica estuvo en relación al carácter de la literatura, es decir, si la misma debe subordinarse o no a la política, si debe seguir manteniendo autonomía y unas reglas estéticas más que estratégicas. Si Cortázar representaba al escritor más decidido por cuidar las formas estéticas, Viñas no guardaba oportunidad para manifestar su decidida posición de vincular literatura y política. Lo curioso es que, si bien ambos escritores parecían representar esas posiciones antitéticas, el propio Cortázar no dejó de pronunciar en su literatura el aire político que envolvía aquel momento. Así, particularmente, en una de sus novelas emblemáticas en el planteo de esa relación, *El libro de Manuel*, su novela de más tinte político publicada en 1973, señala al comienzo:

Postdata (7 de septiembre de 1972). – Agrego estas líneas mientras corrijo las pruebas de galera y escucho los boletines radiales sobre lo sucedido en los juegos olímpicos. Empiezan a llegar los diarios con enormes titulares, oigo discursos donde los amos de la tierra se permiten sus lágrimas de cocodrilo más eficaces al deplorar 'la violación de la paz olímpica en estos días en que los pueblos olvidan sus querellas y sus diferencias'. ¿Olvidan? ¿Quién olvida? Una vez más entra en juego el masaje a escala mundial de los *mass medias*. No se oye, no se lee más que Munich, Munich. No hay lugar en sus canales, en sus columnas, en sus mensajes, para decir, entre tantas otras cosas, Trelew. (1973, p.9)

Cortázar no puede escapar a esa toma de decisión, no puede evadir la necesidad de juicio por quienes fueron asesinados en la cárcel patagónica en el suceso conocido como la masacre de Trelew. ¿No nos afirma acaso esta posición de Cortázar el clima imperante en ese momento? Aun cuando el autor de *Rayuela* tomara parti-

do por una suerte de profesionalización del arte del escribir, aun cuando sostuviera una polémica pública en defensa de la independencia de la literatura respecto a la política, sucumbe al peso del momento cuando reclama en una novela que sea nombrada con todas sus fuerzas la ignominia de América Latina y si esa ignominia tiene un nombre en esos comienzos de los '70, ese era el de Trelew.

Unos pocos años después, es en el *No habrá más penas y olvidos* de Osvaldo Soriano donde volverá a parecer ese clima. Publicada en 1978, Soriano reconstruye con ironía, con humor negro, con dramatismo una lucha entre la izquierda peronista y la derecha peronista, dramática por la violencia que recorre sus páginas, por la destrucción del tejido social que esa violencia entre conocidos expresa. Esa violencia que recorre las páginas es la expresión de las voluntades en disputa, de los anhelos en conflicto y de las certezas y convicciones que alumbran las acciones de los protagonistas. *La hora de los hornos*, cine documental de Pino Solanas de 1968 que da cuenta de las relaciones de dominación y dependencia, al tiempo que muestra la lucha y la resistencia como modo de revertirla, es la clara expresión de la voluntad y del horizonte de socialismo. Frente a la hora de la espada, de los cuarteles y los militares interviniendo en la política, se levanta la hora de los pueblos y de los trabajadores, la hora de los hornos. Es la hora de los condenados de la tierra con la exhortación sartreana a matar dos pájaros de un tiro cuando se ultima a un francés.

El clima es el de la claridad, la convicción, la militancia abnegada por una causa colectiva, la vida por el socialismo, por la revolución. Este momento se verá interrumpido, un momento bisagra oscuro, el de las dictaduras cívico-militares.

### 3. Una nueva hora de la espada

A la hora de los hornos le sucede un nuevo ciclo de golpes militares en el continente, como si al florecimiento de la movilización popular la respuesta sea el fusil. Si al yrigoyenismo en tanto movimiento popular le siguió del golpe de 1930, éste fue alumbrado por el discurso de Lugones de 1924 en conmemoración por los cien años de la batalla de Ayacucho. Lugones avizora la hora de

la espada en el continente que ponga freno a la demagogia de la democracia, que vuelva a instalar la jerarquía y el orden en una sociedad pervertida por las mayorías. En los '70 la palabra que reclama orden no es la del poeta sino la de una organización con un lenguaje más técnico y más frío. En 1975, Crozier, Huntington y Watanuki, escriben un documento para la *Trilateral Comision*, titulado sugerentemente *La crisis de la democracia*. El espíritu del documento transmite el peligro de las múltiples formas de resistencia popular, radicalización de la lucha política y movimientos de independencia nacional presentes en las últimas décadas. Frente a esta multiplicación de los puntos de resistencia se evidencia una franca debilidad de la autoridad sobre los sectores subalternos debido al exceso de democracia que gesta falta de gobernabilidad, dicen los autores.

Los problemas intrínsecos de las democracias son los más preocupantes para este informe:

There is deeper reason for pessimism if the threats of democracy arise ineluctably from the inherent workings of the democratic process itself. Yet, in recent years, the operation of the democratic process do indeed appear to have generated breakdown of traditional means of social control, a delegitimation of political and other forms of authority, and an overload of demands on government, exceeding its capacity to respond. (1975, p.9)

<sup>2)</sup> Creador intelectual del plan de ajuste implementado en 1975 por el Ministro de Economía Celestino Rodrigo conocido como el *Rodrigazo*, trabajó para la denominada Revolución Libertadora, para la Revolución Argentina, para Rodrigo, asesor de Martínez de Hoz en la Dictadura del '76, reconociéndose como uno de los responsables del plan económico producido por el Grupo Azcuénaga. También participó en el armado de la Ley de entidades financieras de la dictadura e impulsor del CEMA (Centro de Estudios Macroeconómicos de la Argentina) en ese momento, usina de pensamiento del riñón de la Escuela de Chicago. Más adelante Ricardo Zinn será el responsable de diseñar los esquemas para la privatización de las emblemáticas empresas del Estado: YPF, ENTEL y Somisa en los primeros años del menemismo.

La razón más importante es que los riesgos provienen del propio proceso democrático y esto pone en jaque a la democracia misma. El peligro es la democracia, genera desobediencia, radicalización, desmesura. La democracia generó un colapso de los medios tradicionales de control social, una deslegitimación de las autoridades políticas y de otro tipo, y una sobrecarga de demandas al gobierno que excede su capacidad de respuesta. Si los problemas vienen del interior, lo que se objeta es la democracia y, por lo tanto, se requiere de alguna forma política que baje los decibeles que aquella produce.

En estas latitudes, el libro *La segunda fundación de la república* de Ricardo Zinn<sup>2</sup> publicado en agosto de 1976 se expresa: "... el 24 de marzo de 1976 triunfa el país civilizado y ético sobre la

anarquía y el desorden”. Zinn cree encontrar en el golpe militar de 1976 el momento de la posible segunda fundación de la república, porque entiende que ésta ha ido a lo largo del siglo XX entrando en una acelerada decadencia cuyos responsables los reconoce en el sufragio universal, el populismo, el principio de la mayoría. Zinn no hace otra cosa que intentar construir su propia versión de la democracia como régimen prolijo, casto, ordenado, y esto mismo le permite oponer democracia a populismo, porque no descrea de la democracia, sí de las apetencias desbordantes y participativas que se ven expresada en lo que llama “populismo”: “...el populismo que ha resultado ser una excelente mímica de la democracia” o “el populismo, deformación de la democracia” (1976, p.44).

Sin embargo, pese a ello, no dejamos de preguntar si democracia y populismo expresan dos órdenes opuestos o, por el contrario, uno es la expresión exacerbada del otro. El autor afirma: “La patología de la democracia es el populismo, capaz de convertir el concepto de mayoría en una proliferación desordenada de asentimientos. Si la democracia es el gobierno del pueblo, el populismo es el abuso del pueblo y el abuso por el pueblo, lo que engendrará invariablemente a un tirano” (1976, p.45), resonando los ecos de la *República* de Platón. En estas palabras se ven reflejados los temores del desorden, la obediencia ciega. La pregunta es si entre democracia y populismo hay una diferencia de naturaleza o, por el contrario, se trata de una diferencia de grado.

El problema que Zinn reconoce es el sufragio universal y, por ello, retrotrae la historia al viejo orden conservador, de democracia restringida y profundamente elitista:

En el campo político los ciclos suelen ser largos. En lo que va de historia argentina como nación orgánica sólo tenemos una gran crisis: la Argentina que crece hasta 1910 y se paraliza con el sufragio universal; y la decadencia que comienza con Hipólito Yrigoyen en 1916, cuya crisis de finalización está aún por producirse. (1976:20)

Zinn habla desde la prepotencia que le ofrece el respaldo político, militar pero también histórico, de poner en cuestionamiento la democracia y el mecanismo de la elección: “El sufragio universal,

sólo una deidad lateral en países más grandes y poderosos, toma de pronto por asalto el altar mayor. Se adora a la elección por la elección misma” (1976, p.127).

No es la hora de los hornos ni la hora de los pueblos la que se abre a mediados de los '70, sino más bien una nueva hora de la espada, los regímenes burocrático-autoritarios o, como el propio Lechner (1995) los llamó, los nuevos autoritarismos. El debate intelectual que tiene como objetivo pensar estos autoritarismos encuentra sin duda en los trabajos de Guillermo O'Donnell sobre el Estado burocrático-autoritario su punto de referencia o anclaje. En este sentido, es el Estado lo que se constituye en el organizador de las investigaciones y el campo intelectual. En otras palabras, el Estado se constituye en el modo de reflexionar sobre el autoritarismo en América Latina.

Aquí tenemos el trabajo de O'Donnell “Reflexiones sobre las tendencias de cambio en el Estado Burocrático-Autoritario” de 1976 y su trabajo de cierre *El Estado Burocrático-Autoritario* publicado en 1982 pero escrito entre 1974 y 1976. También es paradigmático el libro compilado por David Collier publicado en 1979 titulado *El nuevo autoritarismo en América Latina* donde se encuentran trabajos de Fernando Henrique Cardoso, el propio Collier, O'Donnell, Albert Hirschman. Finalmente, el libro que cierra un poco esta parábola reflexiva compilado por Lechner y publicado en 1981: *Estado y política en América Latina*. En este último se encuentran trabajos de O'Donnell, Laclau, Torres Rivas, Oscar Landi, entre otros. En todos los casos se trata de obras que gravitan alrededor de la discusión sobre el Estado, por lo tanto, cabe afirmar que el pensamiento político en América Latina en estos momentos era un pensamiento mayormente sobre el Estado. El Estado permitía discutir la posibilidad de la transformación social revolucionaria a partir de la puesta en juego de dos modelos de estatalidad radicalmente diferentes: el Estado burgués y el Estado obrero o socialista. El Estado era el modo de pensar la dominación, así también como el modo de reflexionar sobre los diferentes sentidos del orden.

En la Introducción que Norbert Lechner realiza para el libro *Estado y política en América Latina* (2000) que recién mencionamos, manifestaba el gran asombro que le producía la proliferación de estudios sobre el Estado en América Latina, estudios que se

abocaban a diversos aspectos (cuestiones agrarias, educacionales, sindicatos, etc.) pero que tenían como eje la noción de Estado. En este marco de proliferación de trabajos, lo que intentaba señalar Lechner era la necesidad de abocarse a pensar qué es el Estado, ya que la mayoría de los estudios partían de una definición dada de antemano. Dicho volumen, entonces, tenía la intención de aportar herramientas para ese debate, situar al Estado en el centro del debate y convertirlo en objeto de reflexión, su importancia en el debate académico como actor político ineludible. Es decir, esta obra compilada por Lechner evidencia que el Estado seguía siendo una preocupación central en los estudios académicos porque, sencillamente, se lo visualizaba como un actor central en el proceso social y político de América Latina.

Sin embargo, la parábola que señala esta obra se encuentra manifestada en sus propias páginas cuando el mismo Lechner se percata de la dificultad que entraña reflexionar sobre el Estado en un momento de notoria tendencia antiestatista: “Tal revisión podría partir del hecho paradójico de que la ‘inflación’ de las investigaciones sobre el estado se dé en una época notoriamente antiestatista” (2000, p.8). Lo que estaba denunciando era la constitución de un campo de discusión política donde el Estado comenzaba a verse desplazado del centro del debate político-intelectual, viéndose reemplazado por otro: democracia.

Cuando Lechner se pregunta unos pocos años adelante por qué se produce el abandono de la discusión sobre el Estado en los '80, la respuesta que da es que el debate intelectual sobre el Estado era el debate intelectual sobre el Estado Burocrático-Autoritario, por ende, la prevalencia de una visión estatista e instrumental de la política.

Lechner reconoce una razón histórico-política en esa mutación, en ese descentramiento. En esta razón lo que emerge es el fortalecimiento de la sociedad civil, a partir de dos cuestiones que se plantean como renovación del pensamiento político latinoamericano. En primer lugar, la revalorización de la sociedad civil propiamente dicha en tanto la necesidad de reconocer las condiciones sociales para la fortaleza de la democracia. En este sentido el concepto moderno de sociedad civil resurge en oposición a las experiencias totalitarias (Cohen y Arato, 2000). En segundo lugar, la revalorización de la política (Lechner, 1995, p.27), enten-

diendo por ello, la jerarquía de la lógica de la política, la lógica de la diferencia y la lógica de lo posible como maneras de construcción de un horizonte democrático, frente a la lógica de la guerra, de la unidad y de la instrumentalidad que primaba anteriormente.

Cecilia Lesgart se suma a esta discusión sobre el descentramiento, la pérdida de centralidad de algunos conceptos que supieron ser organizadores y vertebradores del debate intelectual. En el marco de las dictaduras del cono sur, la doctrina de la seguridad nacional y un horizonte que no avizoraba democracia a la vista, la experiencia del exilio y el encuentro de CLACSO Costa Rica en 1978, ello dio lugar a la emergencia de otro modo de pensar el cambio político diferente al modo en que habitualmente se lo venía pensando. Así, la emergencia de nociones que comenzaron a ocupar el centro de la reflexión política, tales como democracia política, transiciones a la democracia, quiebre, consolidación, elites, partidos políticos, liderazgo democrático, pacto, libertades democráticas, etc., fueron configurando el léxico y el sentido de lo político. También toda una tradición marxista que reformula su vocabulario y lo somete al filtro del léxico de la democracia representativa.

Estas nuevas nociones reorganizan un campo semántico, la producción de un léxico compartido que, en palabras de Lesgart “delimitaron tiempos objetivos y subjetivos, políticos y académicos: pasado y futuro, experiencias y expectativas” (2002, p.166). Un campo semántico que configura una nueva manera de pensar las relaciones sociales, construye nuevos marcos espacio-temporales donde se despliegan certidumbres y expectativas, etc. En términos de Koselleck (2012) podríamos decir que asistimos a la emergencia de un concepto fundamental que permite la articulación de cierto lenguaje dentro del cual las distintas ideas se confrontan. Este es el rango que adquiere el concepto “democracia” en los ’80 y cuya fuerza gravitatoria hace que giren a su alrededor conceptos como el de sistema de partidos, sistemas electorales, transición, quiebre, consolidación, libertades, etc.

## 4. La primavera democrática

La hora de los hornos fue sucedida por la hora de la espada y al término de ésta se abre los años de la primavera democrática. Los

discursos de campaña de Raúl Alfonsín en 1983 muestran ese clima de apertura. Cerraba esos actos multitudinarios recitando el Preámbulo de la Constitución Nacional, constituida en una liturgia coreado por los presentes. Este clima permite comprender ese cambio de perspectiva del que habla Lechner: “Si la revolución es el eje articulador de la discusión latinoamericana en la década del '60, en los '80 el tema central es la democracia” (1995, p.18). El eje articulador, la idea-fuerza, la categoría gravitante alrededor de la cual se organiza el campo intelectual de sentido y discusión. Así como la revolución era la idea alrededor de la cual gravitaban el resto de las discusiones y nociones, a partir de los '80 será la democracia la que organizará el conjunto de las discusiones y sentidos de lo político.

En uno de sus clásicos trabajos, Quentin Skinner afirmaba que “la señal más clara de que una sociedad ha entrado en posesión semiconsciente de un nuevo concepto es, en mi opinión, que llega a generarse un nuevo vocabulario, en cuyos términos queda entonces articulado y discutido el concepto” (1993, p.8). Ese nuevo concepto alrededor del cual gravitará el nuevo vocabulario que encuentra en los sistemas de partido, las instituciones políticas, la sociedad civil, los movimientos sociales, etc. los términos que los circundan. Los '80 es la década de la democracia. Por ello, las oposiciones que comienzan a organizar la disputa mutan hacia esta otra forma:

Revolución	Transición
Socialismo <sup>3</sup>	Democracia
Estado	Régimen
Economicismo	Autonomía de la política

<sup>3</sup> Si bien la intelectualidad de izquierda no abandona el socialismo, sino que lo inscribe como momento de profundización de la democracia, también en un primer momento el socialismo es asociado a los regímenes autoritarios. La democracia, entonces, para este marxismo deja de tener el sentido peyorativo que supo tener como democracia burguesa.

En este escenario, los intelectuales se vieron sometidos a la necesidad de una crítica al modo de pensar y de hacer política, que implicara la objeción a las nociones de revolución en tanto cambio violento y de la política vinculada a la guerra y a la instrumentalidad que la acompaña. Lesgart menciona que esto

...culminó en una idea de política que privilegió las dimensiones procedimentales, institucionales y representativas a través de la cual, el cambio político se conceptualizó como gradual y paulatino. Por otro lado, provocó la revisión de los

alcances y las modalidades de producción teórica o científica realizada en las ciencias sociales y del papel de los intelectuales (2002, p.165).

Por ello Lesgart identifica la potencia de dos términos para organizar las experiencias políticas y los debates intelectuales: el de democracia política por un lado y el de transiciones a la democracia por el otro. Por un lado, pensar el cambio político, la transformación política de un modo radicalmente diferente a como se venía pensando a través de la noción de revolución, lucha de clases, asalto al Estado, donde la violencia ocupaba un lugar central en todo este armado. Ese modo de pensar el cambio político es reemplazado por la idea de transición que implica una idea de moderación, de cambio paulatino, de proceso de maduración, no de corte abrupto.

Por otro lado, el descentramiento del Estado hacia el régimen, entendiendo el Estado como sujeto colectivo capaz de enunciar, de establecer sentidos comunes de lo común. En este marco de discusión la disputa se desplegaba entre diferentes tipos de Estado, el Estado capitalista y el Estado socialista, una estatalidad capaz de encarnar proyectos políticos, económicos y sociales diferentes. Sin embargo, Lesgart en sintonía con Lechner, entiende que la discusión sobre el Estado quedó subsumida a un debate sobre la naturaleza de los nuevos autoritarismos más que a una discusión sobre el Estado mismo: “Progresivamente, el Estado, como objeto de estudio y como categoría de excelencia para explicar el cambio político, es desplazado por el término régimen político, que parecía contribuir al desentramiento de las concepciones estatistas e instrumental de la política” (2002, p.179).

Si O’Donnell define el régimen político como “...las pautas formales e informales, explícitas e implícitas, que determinan los canales de acceso a los principales cargos de gobierno, las características de los actores admitidos y excluidos de tal acceso, y los recursos y estrategias que se les permite emplear para lograr el mismo” (2000), se trata de una noción que no está completamente limitada a los aspectos formales pero que, sin embargo, lo que se deja de lado es la cuestión Estado y la discusión sobre el orden político, sobre lo político, sobre proyectos diferentes, sobre el sentido de lo político. Por ello, en otro trabajo, Lesgart reconoce que

la Ciencia Política en tanto disciplina en los '90, parece adquirir unos rasgos y límites más acabados, pero a costa de renunciar a la discusión sobre los sentidos del orden y poniendo el foco en cuestiones más de índole institucionales y formales (2007, p.125).

<sup>4)</sup> Si hay una obra disparadora de lo que puede denominarse la teoría de la transición son los cuatro volúmenes compilador por Guillermo O'Donnell, Philippe Schmitter y Laurence Whitehead cuyo título es "Transiciones desde un gobierno autoritario" publicado a mediados de la década del '80 del siglo pasado.

Esta corriente de pensamiento que supo hegemonizar los estudios sobre las democracias se centró casi con exclusividad en los aspectos político-institucionales del régimen<sup>4</sup>, el concepto sobre el que gravitó la reflexión político fue el de "democracia política" y "régimen político". En 1987 Guillermo O'Donnell escribe un artículo de balance sobre las transiciones a la democracia. En el mismo menciona la necesidad de realizar una crítica democrática a la democracia, es decir, una crítica que sea cuidadosa y que tenga ánimo de fortalecerla sin hacerle el juego a las expresiones autoritarias que, sin duda, se encontraban muy presentes y bien fuertes en esa década del '80. La fecha no es menor. Están discutiendo en el fragor de la batalla, las democracias se encuentran vigiladas, protegidas, controladas, limitadas, domesticadas, jaquedas. Recordemos los sucesos de abril de 1987 en Argentina, primero en el Regimiento de Infantería aerotransportada N°14 de Córdoba y luego en Campo de Mayo al mando de Aldo Rico, el levantamiento carapintada. En este contexto, se trata de una crítica que debe considerar las condiciones bien específicas en donde se produce para ser medida y medida en lo que decimos, cuándo lo decimos y cómo lo decimos. Como diríamos hoy, una crítica que no le haga el juego al autoritarismo; una crítica posible, no deseable. De aquí se desprende ese anhelo, esa necesidad, pero al mismo tiempo, esa preocupación, producir un discurso crítico de la democracia pero que sea, en el mismo momento, un discurso democrático: "crítica democrática a la democracia" lo llama O'Donnell. Pero a 40 años de ese acontecimiento, la pregunta es cuán crítica puede resultar una crítica que sea capaz de ser enunciada, tolerada y no produzca incomodidad.

Sin embargo, en ese momento era tal la necesidad de no sobrepasarse en esa crítica que, por ejemplo, la preocupación por la dimensión económica no estaba ausente, pero ocupaba un lugar muy colateral y secundario. Dirá O'Donnell que "...la única manera de avanzar en el proceso de construcción democrática es practicando la democracia en el terreno político" (1989, pp.21-22), es decir, fortaleciendo la dimensión institucional de

la misma, construyendo actores democráticos, garantizando las reglas jurídico-formales. Respecto a las preocupaciones económicas, en este momento sólo parece necesario y posible enfren-  
tar las consecuencias más nocivas, pero nada se dice sobre una crítica democrática a la política económica que se arrastra como lastre de la dictadura.

En otras palabras, esta perspectiva abonó a un análisis institucional en las transiciones desde un gobierno autoritario y en el fortalecimiento de las jóvenes democracias dejando, en el mejor de los casos, para un segundo momento el abordaje de la cuestión económica. En relación a esto Atilio Borón mencionará lo siguiente: "...la ciencia política, ya en la década del ochenta, adoptó la categoría de régimen político para el estudio de las 'transiciones democráticas', haciendo a un lado al Estado, las fuerzas políticas y la lucha de clases" (2012, p.23). Esta afirmación sugiere un interrogante necesario: ¿Por qué la salida de los regímenes autoritarios en América Latina (no sólo aquí) se formula (preponderantemente, hasta casi hegemonizar la discusión) en términos de transición a la democracia? Porque formularlo de esta manera tendría una serie de efectos conceptuales, político-conceptuales: instalar las democracias representativas como único horizonte posible, olvidando la discusión sobre el Estado y, por lo tanto, sobre formas de Estado en disputa (estado capitalista y estado socialista). De este modo, pareciera que se abandona la discusión sobre los sistemas de dominación, instalando la discusión a nivel del régimen político, centrando las discusiones en torno a la poliarquía, el *accountability*, la democracia delegativa, etc. El Estado queda ensombrecido en las discusiones y producciones teórico-académicas o, en su defecto, sólo comienza a ser considerado en el marco de las discusiones sobre gobernabilidad, gobernanza, buen gobierno, es decir, en tanto entidad jurídico-administrativa<sup>5</sup>.

<sup>5</sup> Ver SKOCPOL, Theda (1989): "El Estado regresa al primer plano: estrategias de análisis en la investigación actual" en *Zona Abierta*, N°50, pp.71-122; SIKKINK, Kathryn (1993): "Las capacidades y la autonomía del Estado en Brasil y la Argentina. Un enfoque neoinstitucionalista" en *Desarrollo Económico. Revista de Ciencias Sociales*, Vol.32, N°128, Buenos Aires, IDES, pp.543-574; EVANS, Peter (1996): "El Estado como problema y como solución", en *Desarrollo Económico. Revista de Ciencias Sociales*, N°140, Buenos Aires, IDES, 529-562.

En estos términos ¿es posible señalar un vínculo entre este particular modo de domesticar la reflexión política en las jóvenes democracias con el clima de desesperanza y desencanto con el que terminará cerrando la década de los '80, llamada como década perdida, abriendo paso a una transformación estructural muy profunda de las sociedades latinoamericanas? Desplazamientos conceptuales y nuevas arenas de discusión que dan forma un momento donde lo político como aquello que define una experiencia

colectiva en torno a las definiciones del orden, de un *nosotros*, de lo público, comenzará a resquebrajarse cada vez más.

## 5. De primaveras y transiciones

En la década de los '80 se configura una nueva racionalidad. Podríamos decir que, de *La hora de los hornos* de 1968 a *Sur* de 1988, ambas de Pino Solanas, no sólo median 20 años sino una dictadura cívico-militar que practicó bajo un plan sistemático la desaparición de personas, la tortura y la muerte. El paso de una década a otra mediadas por el terror pueden ser las claves para comprender el cambio de lenguaje de un Pino Solanas que construye un Florean, el personaje de *Sur* interpretado por Miguel Ángel Solá, como la expresión de esa tragedia, de lo que fue, de los sueños por los que se dio la vida y los nuevos tiempos de desesperanza y desconsuelo que se abren. Cambia el lenguaje, cambia el horizonte. Como dice uno de sus personajes en el film, “es un país fundido, sin solidaridad” y con ironía alguien responde “pero falta poco para que vengan las elecciones”. Lejos de la vitalidad y la esperanza de 1968, asistimos a una crónica oscura, de voluntades quebradas, de cuerpos sin destino y sin dirección en este presente postdictadura. La ironía de *Sur* es la fatalidad de una década, esa vieja práctica para enfrentar con parodia el infortunio y la desesperanza, la ironía como la ecuación que ofrece una imagen del mundo con la dosis justa de seriedad (cuyo exceso nos impediría observar los bajos fondos como elementos constitutivos, no como meros residuos sin sentido) y la dosis precisa de lo lúdico para observar lo social acompañado de cierto gesto de destitución de las jerarquías con las que suele revestirse. Las elecciones acababan de recuperarse hacía unos pocos años y, sin menospreciarlas como modo de elección de autoridades, no deja de colarse una mueca de desconfianza en el discurso de Florean. Claro, tal vez lo que estaba fresco en este personaje de *Sur* es el recuerdo del

En *Los espantos* Silvia Schwarzböck nos dice que entre la perspectiva de *la verdad* anclada en la idea de patria socialista que surgiría de la victoria revolucionaria y la perspectiva de la *no verdad* que se abre en el período democrático como opinión, discurso, disenso, perspectivismo, entre una y otra media la dictadura. Pero

la dificultad se encuentra en la manera en que la postdictadura piensa su pasado a partir del cual reconstruirse y la imposibilidad de pensarse, de reflexionar sobre sí, es lo que hace de él un momento estético. Rozitchner también dirá algo similar, la imposibilidad de pensarse sin desgarrarse. ¿Esta imposibilidad de la reflexión puede explicar el predominio de lo que se conoce como estudios sobre la transición democrática y su preocupación sólo en los aspectos formales del nuevo régimen? ¿Es posible plantear acaso un vínculo entre la hegemonía lograda por los estudios de la transición y ese *ethos* imperante de la desesperanza? ¿Y ese *ethos* imperante de la desesperanza que se expresa en la novela de Donoso de dónde emerge? Porque la llamada primavera democrática del alfonsinismo, al parecer, ofrecía otras coordenadas que la donosiana década del '80 se obstinó en desmentir. Esta primavera supuso movilización popular, corear el Preámbulo constitucional, un clima festivo y aquellas pascuas recién mencionadas interrumpen ese clima. Alfonsín dijo en Plaza de Mayo en las pascuas de 1987: “Le pido al pueblo que ha ingreso a Campo de Mayo, que se retire. Y le pido a todos ustedes [los cientos de miles que se encontraban en Plaza de Mayo] vuelta a sus casas a besar a sus hijos, a celebrar las Pascuas en paz de la Argentina”. Este parece ser el momento donde ese entusiasmo con que se abrió la democracia a comienzos de la década, una democracia que invadía las calles, que traspasaba las paredes de las instituciones formales, ahora intentaba ser calmada, domesticada. Retirar a los militantes de la calle y enviarlos al espacio doméstico, al espacio privado a ocuparse de las cosas privadas, de las cosas públicas se ocupan los representantes. La faceta más liberal, más restrictiva apareció en estas pascuas del 87.

Sin embargo ¿podríamos arriesgar que también un subtexto recorría esas primeras grafías festivas? ¿Un inconsciente colectivo fraguado en los últimos años más cercano a aquella desesperanza que a esta celebración y que se iría sedimentado cada vez más, bastando con la aparición de los primeros desequilibrios para que irrumpa? ¿Pero cuál es este subtexto?

Me interesaba dejar constancia que entre los estudios de la transición y la literatura de la desesperanza no encontraba sólo una coincidencia temporal sino una razón profunda que las recorre. Esa razón, la de una década que es parida por la dictadura, que

comienza con un clima de destape, de alegría y, sin embargo, termina en un cataclismo social y un clima que abre las puertas a la promesa de la revolución productiva, el salarizado y la concreción de la reforma del Estado, las privatizaciones y la convertibilidad. Porque ese clima de euforia se ve en las plazas repletas de gente constituyendo en ese instante y en acto el pueblo, ese pueblo que había sido disgregado en los años de plomo, que había sido desaparecido, torturado y perseguido. Ese pueblo que padece el terror es que se convoca en Plaza de Mayo, alrededor del Obelisco en la primera mitad de los '80 pero que en su segunda mitad comienza a evidenciar nuevos padecimientos.

¿Por qué ocurre esto? Juan Villarreal en su artículo fraguado con los resultados de las elecciones presidenciales de 1983 recién salidos del horno, arriesga la hipótesis del profundo cambio en la estructura social surgida de la dictadura. De una sociedad homogénea por lo bajo y heterogénea por arriba a una sociedad fragmentada y heterogénea por abajo y homogénea por arriba. Por ello, para Villarreal los “resultados electorales novedosos pueden ser vistos como la punta del témpano que se asoma a la superficie ocultando más de los que muestra” (1985, p.201). Efectivamente, se recupera la democracia, el ambiente festivo era indisimulable, sin embargo, las condiciones sociales y culturales no eran las mismas.

Parte de la respuesta la menciona en 1984 Rodolfo Fogwill en su artículo *La herencia cultural del proceso* (ver Giavedoni 2023). Las críticas a un modo prolijo de entender y practicar la democracia que adquirirá perfiles cada vez más claros a lo largo de la década y posteriormente con las pretensiones de profesionalismo y cientificidad de una disciplina como la ciencia política que buscaba afanosamente su perfil propio con un lenguaje y objetos específicos. Eduardo Rinesi supo decirlo en términos de “...tendencias a un cientificismo obtuso y estrechamente corporativista” (1993, p.149). La sombra de la dictadura era real, sin embargo, mientras unos creían que se debía fortalecer al menos los pilares formales de la democracia acompañando esta reflexión con los ropajes de una ciencia política “científica”, otros entendían que se debía avanzar hacia formas populares de participación política, dando lugar a experiencias reflexivas que traspasaran las fronteras de las disciplinas, para poner en evidencia la dimensión dramática, trágica y burlesca de la vida social.

<sup>6)</sup> Un diálogo posible entre Scalabrini Ortiz y Lucien Febvre. En el Manifiesto de *Annales* de 1946 Febvre plantea que la historia debe ser una arqueología del pensamiento humano que nos permitirá reconocer los elementos, los rasgos, las marcas, las huellas de épocas pasadas en nuestro propio cuerpo. Febvre dice: "... cuando nos autopenetramos, cuando nos observamos a nosotros mismos en profundidad nos sorprendemos al encontrar [...] las numerosas huellas de nuestros antepasados: una sorprendente colección de testimonios de edades antiguas, de antiguas creencias, de viejas formas de pensar y sentir... ¡Cuántos hallazgos para la arqueología de los pensamientos humanos hay en los estratos sucesivos de esos aluviones que llenan el fondo de nuestras conciencias!" (1982:67).

Aquí León Rozitchner lanza un golpe directamente al corazón de nuestro ego social. Dice en 1986: "La democracia actual fue abierta desde el terror, no desde el deseo". Es el terror lo que abre la posibilidad de la democracia, la hace posible. Lo que le da factibilidad no es el deseo de lograrla sino el terror que la ofrece, para más adelante rematar: "Es la nuestra, pues, una democracia aterrorizada: surgió de la derrota de una guerra. No la que nosotros ganamos adentro, sino la que ellos perdieron afuera" (1986, p.29). Los derrotados de una guerra afuera ofrecen una democracia que termina siendo el modo de organizar la perpetuación del terror dentro. Entre la herencia cultural de Fogwill y ese hilo inconsciente que se arrastra desde la dictadura hacia nuestro presente de Rozitchner, hay un punto en común, el terror. Si a ello se le asigna un modo de pensar la política en clave meramente institucional y un lugar exclusivo para pensarla en la academia, aquellas expresiones eufóricas con la emergencia de un pueblo ávido de escribir la historia que se abría en esa década del '80, corrían el riesgo de ser devoradas por el peso de los panteones. La historia, el nombre que adquiere el aluvión profundo que empuja desde el fondo sublevado<sup>6</sup>, estaba siendo encapsulada dentro de las instituciones políticas formales y el conocimiento encorsetado dentro de las apuestas científicas de la academia.

## 6. Pretendiendo concluir

Más que una conclusión, parece ser una posta hacia un próximo trabajo que recupere lo aquí planteado. La muerte de Matilde Urrutia es el fin de una etapa, porque su muerte expresa la clausura de poder seguir pensando la muerte en términos colectivos, la muerte colectiva o, en su defecto, como lo expresa la "Milonga del fusilado", la muerte de un compañero en la vida de los que quedan ("porque el que murió peleando, vive en cada compañero"), porque como dice Schwarzböck, "la vida verdadera, en la mente del revolucionario, nunca es la vida propia" (2016, p.33). La vida de Matilde Urrutia no es la consagración de la vida de sus compañeros y la perseverancia de un momento con sus muertes, cataclismos, desventuras; pero también certezas, esperanzas, sueños y convicciones. La muerte de Urrutia parece ofrecer la clausura de ese momento, la muerte no expande vitalidad en los que quedan.

El lenguaje bélico bajo la idea de recuperación del territorio que se expresó en los periódicos y revistas de la época en relación a Malvinas, tendrá su correlato unos meses después en relación a la democracia, será mucho más evidente 40 años después cuando estemos celebrando este casi lustro de vida democrática: “A 40 años de la recuperación de la democracia”. Pero dirá Rozitchner, nuestra democracia surgió de la derrota de una guerra, no del deseo de un pueblo, se recupera el territorio democrático al frustrarse la recuperación del territorio en el Atlántico Sur. Así, la democracia no es resultado de una victoria popular sino de una derrota militar. Se recupera la democracia en tanto y en cuanto fracasa el plan de recuperación de las Malvinas. En octubre de 1984 *Asís* publicaba algo que compartía algunas líneas con lo anterior: “...mientras allá abajo, en la realidad, entre la frialdad y el dolor, la muerte y los estampidos, en las Malvinas, nacía la democracia. Galtieri, sin proponérselo, fue el partero. Lo ayudó la macabra Thatcher y cientos de muertos. Entonces, después, nos persuadimos: habíamos derrotado a la democracia” (1985:12).

Desde luego que se debe celebrar el regreso a la vida democrática después de los sangrientos y ocursos años de plomo. Sin embargo, estamos obligados a escudriñar las razones por las cuales en estos 40 años nos encontramos en unas condiciones extremadamente adversas y dramáticas para el ideario democrático. Es obligada la pregunta sobre la responsabilidad que le cabe a la reflexión y a la práctica sobre y de la democracia desde hace 40 años a esta parte, en la medida que el afán de no cargar sobre la misma tareas que podrían haber hecho retroceder en lo inmediato a los años más ocursos, fue sedimentando un descontento que logró el retroceso a eso más oscuro más lentamente pero que nos tiene en este momento expectantes y absortos.

Se comprende la necesidad de realizar una crítica a la democracia, es decir, una crítica medida, mesurada, cuidadosa como la llamara el propio O'Donnell en un artículo de 1987 (1989: 19). Esa crítica es la expresión de la consolidación del modo de pensar la democracia en clave de transiciones, con un fuerte componente institucional y más preocupada por el límite que por el desborde, más atenta al ciudadano en tanto individuo que al pueblo como colectivo. Sin embargo, una década después el padre de la transiología seguía siendo cuidadosa en no asignar a la democracia tareas

que la pondrían en riesgo. En 1997, afirma que no sería útil analíticamente y, además, peligroso políticamente, asignar a la democracia que se haga cargo de los problemas económicos y sociales:

La literatura contemporánea ha generado múltiples definiciones de democracia. Si las opciones se limitaran a las dos que acabo de esbozar [la democracia como régimen político o la democracia con vocación social], yo optaría por la primera. La definición que equipara a la democracia con un grado sustantivo de justicia o de igualdad social no es útil analíticamente. Además, es peligrosa: tiende a despreciar a la democracia existente, y de ese modo le hace el juego al autoritarismo. (2002, p.307)

Así, la década del '90 consolidó aquel modo limitado de comprender la democracia al tiempo que se multiplicaban por fuera de los límites de sus instituciones formales las experiencias de democracia popular en las carpas blancas docentes, en las puebladas de Cutral-Co y Plaza Huincuil o General Mosconi y Tartagal, en los MTD y llegados al final de esa larga década que inicia en 1989 y concluye en 2001 el FRENAPPO, esa movilización y consulta popular que tiene como inicio ese 11 de septiembre de 2001.

Al parecer, el esquema institucional y los marcos de pensamiento que filtraron la cuestión democrática fortalecieron su aspecto decididamente liberal, condenando al ostracismo a sus expresiones populares. Las expresiones populares fueron comprendidas bajo el paraguas de la cuestión social en el mejor de los casos y de la cuestión penal en el peor. Cualquier atisbo de canalizar esas expresiones populares en la órbita de cierta estatalidad condujeron a la asignación despectiva de populismo. El desafío que nos encuentra a estos 40 años es la construcción de un sentido de democracia que la desborde, que cobije a las experiencias populares y que ofrezca a la política el material para ofrecer un proyecto político emancipador que interpela y seduzca.

## 7. Referencias bibliográficas

Anguita, E. y Caparrós, M. (2013). *La voluntad. Historia de la militancia revolucionaria en Argentina*. Buenos Aires, Argentina: Planeta.

- Ansaldi, W. y Funes, P. (1998). Viviendo una hora latinoamericana. Acerca de rupturas y continuidades en el pensamiento en los años veinte y sesenta. En *Cuadernos del CISH*, 3(4), 13-76.
- Asís, J. (1985). El tiempo vence por goleada a la organización. En *La ficción política*. Buenos Aires, Argentina: Sudamericana.
- Borón, A. (2012). *América Latina en la geopolítica del imperialismo*. Buenos Aires, Argentina: Ediciones Luxemburg.
- Cohen, J. y Arato, A. (2000). *Sociedad civil y teoría política*. D.F., México: Fondo de Cultura Económica.
- Cortázar, J. (1973). *El libro de Manuel*. Buenos Aires, Argentina: Editorial Sudamericana.
- Crozier, M. J., Huntington, S. P., y Watanuki, J. (2012). The Crisis of Democracy. Report on the Governability of democracies to the Trilateral Commission. *Sociología Histórica*, 1(1) 311-329.
- Evans, P. (1996). El Estado como problema y como solución. *Desarrollo Económico*, 35(140), 529-562. doi: <https://doi.org/10.2307/3467372>.
- Fevre, L. (1982). *Combates por la historia*. Barcelona, España: Ariel.
- Giavedoni, J. (2023). Restos democráticos. Pensamiento y política en la postdictadura. *Temas y Debates*, (45, Supl. 1), 73-80.
- Lechner, N. (1995). *Los patios interiores de la democracia. Subjetividad y política*. D.F., México: Fondo de Cultura Económica.
- Lechner, N. (2000). *Estado y política en América Latina*. México, D.F.: Siglo XXI.
- Lesgart, C. (2002). Usos de la transición a la democracia. Ensayo, ciencia y política en la década del ochenta. *Estudios sociales*, 22(1), 163-185.
- Lesgart, C. (2007). Pasado y presente de la Ciencia Política producida en Argentina. Apuntes para un debate de su porvenir. *Temas y Debates*, (14), 119-157. doi: <https://doi.org/10.35305/tyd.v0i14.108>

- O'Donnell, G. (1989). Transiciones, continuidades y algunas paradojas. *Cuadernos Políticos*, (56), 19-36. México: Editorial Era.
- O'Donnell, G. (2000): Teoría democrática y política comparada. *Desarrollo Económico. Revista de Ciencias Sociales*, 39(156), 519-570.
- O'Donnell, G. (2002). Las poliarquías y la (in)efectividad de la ley en América Latina. En Méndez, J., O'Donnell, G. y Pinheiro, P.S. *La (in)efectividad de la ley y la exclusión en América Latina*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- Palti, E. (2000). ¿Qué significa 'enseñar a pensar históricamente'? *Clio & Asociados: La historia enseñada*, (5), 27-42.
- Rinesi, E. (1993). *Seducidos y abandonados: carisma y traición en la "transición democrática" argentina*. Buenos Aires, Argentina: Manuel Suárez Editor.
- Rozitchner, L. (1985). *Las Malvinas: de la guerra "sucida" a la guerra "limpia"*. Argentina: Centro Editor de América Latina.
- Rozitchner, L. (1986). El espejo tan temido. *Revista Crisis*, (41), 29-31.
- Schwarzböck, S. (2016). *Los espantos. Estética y postdictadura*. Buenos Aires, Argentina: Editorial Los Cuarenta Ríos.
- Sikkink, K. (1993). Las capacidades y la autonomía del Estado en Brasil y la Argentina. Un enfoque neoinstitucionalista. *Desarrollo Económico. Revista de Ciencias Sociales*, 32(128), 543-574. doi: <https://doi.org/10.2307/3467177>
- Skinner, Q. (1993). *Los fundamentos del pensamiento político moderno. I. El Renacimiento*. D.F., México: Fondo de Cultura Económica.
- Skocpol, T. (1989). El Estado regresa al primer plano: estrategias de análisis en la investigación actual. *Zona Abierta*, (50), 71-122.
- Villarreal, J. (1985). Los hilos sociales del poder. En Jozami, E. et al., *Crisis de la dictadura argentina. Política económica y cambio social*. Buenos Aires, Argentina: Siglo XXI.
- Zinn, R. (1976). *La segunda fundación de la república*. Buenos Aires, Argentina: Pleamar.

